CAPITULO VI.

DEL TAQUÍGRAFO.

Cuatro personas poseen el secreto de las flaquezas del orador parlamentario: su médico, su confesor, su querida y su Taquígrafo.

El Taquígrafo, ni mas ni menos que el escudero de Don Quijote, el famoso Sancho, viste y desnuda al Don Quijote oratorio, lo compone, le apresta su manto de púrpura, sus dientes postizos, su peluca, y lo aguarda en los bastidores cuando deja el orador la escena, chorreando de sudor despues de haber representado á Demóstenes; le calienta los paños, lo frota de piés á cabeza, lava sus arengas con pasta de almendra, las limpia, perfuma y engalana. Así como no hay ninguno que sea héroe para su ayuda de cámara, ninguno es orador para el Taquígrafo.

A este fiel Acates, el gran batallador de tribuna entrega todas las piezas de su armadura, el yelmo, la cota de malla, los brazaletes y la espada. El Taquígrafo le sirve de segundo, le lleva sus billetes de desafio y cartas amorosas, constándole mejor que á nadie lo que encierran sus ademanes de valentía y lances de amor.

Historiógrafo de las campañas parlamentarias, escribe el Taquígrafo, en su calidad de gefe del estado mayor, los boletines de cada cuerpo del ejército que le dicta el general. Así cuenta en sus historias como Aristodemo postró por tierra el monstruo de la anarquía, y como Rodomonte partió de parte á parte, con el filo de su espada, los gigantes y encantadores.

Bien me consta el flaco de los oradores de mi tiempo: la irritabilidad del temperamento, la cólera de la contradiccion, la pasion política, el combate cuerpo á cuerpo les causan mil estremecimientos nerviosos y fiebres de vanidad. Todos aspiran al elogio, principalmente por las calidades de que carecen. El envidioso no encuentra felicitacion suficiente si no son vituperados sus hermanos; el patético quiere que se encuentre que raciocina con mucha lógica; el dialéctico que descuella por su chiste y donaire; el poeta que brilla menos por la imaginacion que por la solidez de su cálculo; el inconstante que nunca cambia; el hacendista que conmueve todos los corazones; el escritor de madrigales que nadie mejor que él sabe analizar un presupuesto.

El Taquígrafo es el confidente oficial y discreto de sus jocosas comunicaciones y de las mañas de su orgullo.

Al entrar en la sala pasa el orador rozando al Taquígrafo sin dignar saludarlo; pero, al salir va derecho á su banco, le pregunta por su salud, lo halaga, lo requiebra, acaricia, engatusa, y el Taquígrafo acoge con el mayor natural y con faz risueña esta mogiganga, y endosa esas letras de cambio que giran los oradores de provincia á cargo de sus comitentes.

¡Cuantos oradores se asemejan á esas luciérnagas ó gusanos de luz que centellean en la yerba como la estrella en los cielos! Pero acérquese de ellos una luz, y veráse cuan fácilmente pierden su fosforescencia y fulgor.

Apenas ha vertido el orador las brillantes perlas de la improvisacion, cuando el Taquígrafo las engasta en similor y las presenta al público en su azafate.

El Taquígrafo es el sepulturero del Parlamento. Esos pujantes Alcides que hinchan sus músculos y abaten con su clava la hidra ponzoñosa de la anarquía; esos Júpiter tonantes, esos Adonis de tribuna con tan rizada y perfumada cabellera, pasan á manos del inexorable Taquígrafo que los espera en la antesala, los recibe como cadáveres, y los entierra á su gusto en sarcófagos de marmol en el cual se lee: « Aquí yace el muy noble y poderoso señor »; ó bien los mete en un ataud ordinario y lo arroja al hoyo comun, sin dignar decirles el menor *De profundis*.

El Taquígrafo enseña al público por la ventanilla de su óptica, la cáfila de todos los oradores de cada sesion, y á medida que acerca ó aleja los vidrios hace parecer un gigante como un enano, y vuelve elefante un gusanillo.

Cosa es digna de ver como forja y maneja el Taquígrafo á nuestros Procustos parlamentarios, cuyos miembros alarga ó achica, dejándolos mayores ó menores de lo que en sí son.

El Taquígrafo mezcla y baraja las hojas de un discurso como si fuesen naipes, todo lo revuelve, pone lo de arriba abajo, y viceversa; coloca una cabeza descomunal y erizada de cabellos sobre un cuerpo enjuto, avanza un paso, retrocede dos, comienza por el epílogo, acaba por el exordio. El lector conoce la respuesta, pero ignora la cuestion; el Taquígrafo expone circunstanciadamente la consecuencia que emana, si bien pasa en silencio el principio de que se ha deducido; hace resaltar las oraciones insignificantes que nadie ha escuchado y suprime las mas brillantes.

Y no hay queja que alegar, ni rectificacion que pedir; y en vano se reconvendrá al Taquígrafo en estos ú otros términos análogos: — Caballero, mi discurso se halla completamente trastocado.—Hombre, míreme Vm. bien, Vm. no me ha hecho ver mas que de un ojo, y yo tengo dos.—Vm. ha desfigurado mi mas bello movimiento.—Mucho agradezco que me haya prestado Vm. gran parte de su talento, pero hubiera estimado que me hubiese dejado intacto el mio propio.—Permítame que le diga una palabra: Vm. pretende que mi voz ha desentonado como un bajo, siendo así que he gritado como un tiple. —Señor Taquígrafo, Vm. ha puesto un *oh*, cuando yo habia bien articulado un *ah*, y un punto de exclamacion en vez de un punto de interrogacion. — Todo esto será siempre ridículo á no poder mas.

¡Ay del diputado que tiene por enemigo al Taquígrafo! nunca volverá á ser reelegido, y en vano despachará las palomas-correos que no llevarán sus alocuciones campestres al palomar de su pais.

Al contrario si el Taquígrafo es amigo, le tira el diputado por el faldon, y le dice al oido remitiéndole el discurso que acaba de pronunciar bien ó mal: «No olvide Vm. el insertar el *muy bien* en el pasage que Vm. sabe.»

Si es adversario político del orador, escribirá lo que se le antoje, y ¿quien puede impedírselo? Dirá por ejemplo que ha habido murmullos cuando habrá habido aplausos, y cambiará el efecto de las frases del orador.

Hay cierta clase de lectores, hombres de bien y sin opinion formada, que comprendiendo poco ó nada de esas sesiones quebradas continuamente é interrumpidas, impresas con caracter diminuto en un periódico voluminoso, pasan por el discurso del orador, dejan á un lado sus frases, corren al término del período para cerciorarse únicamente si han dicho *muy bien* ó *muy mal*,

y despues, fiados en el Taquígrafo, repiten sin haber leido el discurso: ¡Qué orador tan elocuente! ¡Qué pobre orador!

Otra clase de lectores se encuentra en mayores apuros, y es la que consulta periódicos varios y de opiniones diversas; pues si el Taquígrafo del ministerio dice *muy bien*, y el de la oposicion *muy mal*, ¿cual de ambos merece crédito? Es verdad que por poca fe política que se tenga, queda el recurso de creerlos alternativamente uno y otro.

Si el Taquígrafo es un necio, depositará el discurso de un modo integral y completo, no omitiendo las menores circunstancias, como que el orador estornudó tres veces antes de empezar, y que al acabar derramó el vaso de agua sobre el portero que se lo servia; bien entendido que de todo el discurso no se acordará el lector mas que de aquel desgraciado fin y aquel desgraciado principio.

Al contrario si el Taquígrafo es hombre de gusto y talento, dará á la arenga del orador una hechura vistosa, fresca y primorosa, y hará que formen del orador un alto concepto sus mandatarios, lo que no dejará de sorprenderlos.

Despues de dos años de ejercicio, todo Taquígrafo puede ser un diputado excelente; pero no apostaria mi cabeza, ni el dedo meñique de mi mano izquierda, que todos los diputados se hallen en estado de ser buenos Taquígrafos.

CAPITULO VII.

DE LA RESEÑA DE LA SESION.

Hay esta diferencia entre el Taquígrafo y la Reseña de la sesion, que el primero solo pretende reproducir los discursos de los oradores, mientras que la segunda aspira á juzgarlos.

Poco nos conocemos la Reseña de la sesion y yo; hace unos quince años que la planté, pero la abandoné desde que la ví suficientemente amugronada. En el dia ha medrado, se ha instalado, se halla con todas sus anchuras en el orbe político, y recorre la metrópoli y provincia á manera de oráculo.

Si el orador es el hombre del dia, el redactor de la Reseña lo es del siguiente; si el primero se cuadra y domina en el reducido ámbito del parlamento, fuera de él, y para toda la nacion, no es mas que lo que place á la Reseña.

El juicio final de los muertos no tarda en llegar al orador. Apenas queda enterrado en su ataud de papel, cuando dos redactores de periódico se acercan del cadáver, y permanecen á ambos lado de este, como el demonio y su ángel, recitándoles *Pater noster* con murmullo de abejarron; y ambos lo hisopean, uno con un panegírico y el otro con una sátira.

En tanto como me lo permiten mis lejanos recuerdos, tengo presente que escribia mis reseñas con mas ó menos pasion, pero no por eso prescindia de la justicia, ni siempre decia mal de mis adversarios. Segun parece, desde aquel entonces ha ido perfeccionándose la Reseña, y algo en demasía, si se juzga por las muestras siguientes:

ORADORES ABOGADOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Misma sesion, mismo asunto, mismo orador, mismo discurso.

Gorgias, nuestro célebre orador, ha estado desde el principio hasta el fin, vivo, nervioso, apremiante, remontando su vuelo sublime hasta los cielos, luchando contra los ministros con una agilidad, gracia y fuerzas nunca vistas, agotando todos los recursos de la elocuencia, toda la armonía de la palabra humana, el vigor del raciocinio, lo profundo y elevado de la elocuencia. Los centros agitábanse y bullian de cólera, mientras que los ministros clavados en sus bancos, se anonadaban de vergüenza y ocultaban su rostro en las manos. ¡Lastimoso espectáculo! Despues de un golpe tan terrible, no puede sobrevivir el ministerio, y lo que podemos asegurar á nuestros lectores es que ha quedado tan contuso y magullado que hay que desesperar de sus dias. ¡Pobre ministerio!

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Misma sesion, mismo asunto, mismo orador, mismo discurso.

El discurso del abogado Gorgias es de un extremo al otro la obra mas pálida, floja y descolorida que puede darse en su género. Esa águila de la oposicion rasaba la tierra en su torpe y pesado vuelo, y era lamentable el verla agoviada bajo el peso de frases fofas y palabras huecas. La asamblea reia á carcajada tendida, mientras que llena de rubor la oposicion cuchicheaba y se mordia los labios de despecho. Este dia ha sido un dia de triunfo para el ministerio, y la consecuencia del discurso del orador de la oposicion, será, no lo dudamos, una imponente mayoría, pudiendo el ministerio mostrarse en su auge y brillo á sus amigos y enemigos. ¡Pobre Gorgias!

ORADORES HOMBRES DE NEGOCIOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

¿Puede darse una cosa mas curiosa que el ver abrir la boca al ministerio y desgañitarse diciéndonos al presentarnos Demades: Este es un hombre de negocios!

¡Un hombre de negocios! Mas valdria decir un trapacero de profesion, un enredador de baja esfera, un embrollon presto á sostener el pro y el contra de todas las cuestiones posibles, un ergotista de aulas que sabe en que se contradicen dos sentidos, pero no en lo que concuerdan; un escudriñador de ardides y sutilezas que no acierta á elevarse al espíritu de la ley, y chapo-

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Sí, fisgones, Demades es un hombre de negocios, un hombre cuerdo que emite pocas palabras, pero todas á su debido lugar y con su debido efecto; cada argumento se encaja en el precedente, y su discurso recuerda esas fuertes cotas de malla que revestian los antiguos paladines de la edad media, sin perder el vigor y gracia de sus movimientos. Demades no se abandona á declamacion vana y hueca, ni busca el Océano en la Propóntida, sino queda apegado al asunto de que se trata, sin desasirse de él. Dialéctico robusto, Demades agarra con atlético brazo esos

tea en el lodazal de los textos. Demades tiene siempre la pluma en la oreja, y delante el Código de procedimientos marcado con una multitud de señales blancas, azules, amarillas, rojas y violáceas. Si se le dice : — « La cosa es clara. » — Permítame Vm., responderá, distingo. — Si se añade : — Manténgase Vm. en los límites de la cuestion. ¿ No ve Vm. que se trata de los oficiales de la marina ? — Es muy cierto, responderá Demades, pero hay en el código de procedimiento civil, un artículo 330, el cual combinado con el artículo 287, y modificado por el artículo 518, presenta doble significacion, y en este caso, me parece que me es lícito distinguir, y distingo en efecto, *distinguo*. Si hubiese una coma antes de la palabra *marina*, podriase sostener que no hay interrupcion en el sentido; pero hay un punto y coma, lo que constituye un caso muy diverso, pues se suspende el sentido y queda trastocada todas las proporciones de la justicia, del procedimiento, de la gramática, de la ley, y aun de la constitucion misma. « Sí, Señores, no lo duden Vms., la mayor parte de los imperios no han perecido porque se les haya acribillado á balazos, ni porque se les haya cercado de fortificaciones; no, sino porque el legislador no supo colocar una coma en su lugar debido; sí, Señores, una coma. » Y si se le hace nuevas objeciones Demades redarguye, diciendo : « Vuelvo á distinguir, pues bien me consta que Rebuffe, en la página 2597 de sus Apotegmas, y Bartolo en la paratitla 49 de su Glosa pandectaria, edicion de Amsterdam, *Amsterdolami*, pretenden que tal vez seria excesivamente riguroso que se perdiese un imperio por una coma; pero por otra parte Chicoisneau, en la edicion principal de sus Argumentaciones *pro forma*, y Alberto el erudito, *Albertus eruditissimus*, en su Suma, título 20, capítulo 40, párrafo 77, nota 14, sostienen que hay debe atenerse religiosamente á la coma, sin lo cual nada seria respetado en la naturaleza, y mas valdria, sin comparacion alguna, que pecharlatanes de la oposicion, esos retóricos que arrojan mas fuego que llamas, y los aprieta en los robustos círculos de su dialéctica, semejante al herrero que toma el metal candente con sus tenazas, lo bate, aplasta y tuerce á repetidos golpes sobre el yunque, y lo amolda con su mano vigorosa.

A menudo descubre con esfuerzos prodigiosos, los vastos depósitos de su memoria, de donde brotan rayos de luz y tesoros de erudicion; otras veces, como ante un muro inexpugnable, detiene á sus adversarios con una cita, un texto, un hecho, una cifra, una fecha.

Demades es el repertorio universal del ministerio que lo coloca, por decirlo así, sobre su carpeta, y lo hojea á su gusto como un libro. Enciclopedia animada, marcha, se detiene, se abre, se cierra, se vacía, habla, calla segun se pide. Personas tan útiles, tan concienzudas, tan positivas, valen mas seguramente para el despacho de los negocios que esos genios mas ó menos culminantes que pastan de pura ambrosía en las regiones del eter.

A medida que los aguiluchos vocingleros del partido de la oposicion van á chocar contra las vidrieras, Demades les corta las alas con sus tijeras, y caen torpes en tierra.

Demades sabe perfectamente, y los repite como si leyese á libro abierto, los precedentes de la Cámara, las diversas aplicaciones del reglamento, la concordancia de los decretos y leyes, la jurisprudencia de las sentencias, las interpretaciones de la doctrina, las paridades y antinomias, los orígenes del derecho, la conferencia de los artículos, los trámites de un procedimiento, el sentido aparente y el sentido íntimo de una circular, las excepciones, los términos y artículos de incontestacion.

No hay medio de cogerlo descuidado, pues dia y noche vela con el Código bajo el brazo, en torno del campo; al contrario conviene precaverse contra las zancadillas y abrojos que tiende contra el enemigo.

Si en el fondo del debate queda alguna razon oculta, no tarda en descubrirla; si algun manantial descuidado, lo apura, alguna faz oscura, la alumbra. Al concluir, sus argumentos se hilvanan entre sí y de tal modo se aprietan, que abruman la oposicion con su implacable lógica.

reciese el mundo. — ¿ De qué manera, prosigue Demades, se pueden reconciliar tan violentas antinomias, despues de tan sapientísimos glosadores, sobre todo amando á su rey y á su patria? Es materia difícil, Señores, y distingo.

Y, como, para librarse de tantas distinciones, cada diputado toma las de villadiego, Demades agarra por un boton de la casaca al portero de servicio que es el último que intenta escapar, y se lo arranca, dichoso de ponerse en salvo á este precio, mientras que continua Demades : Distingo y argumentaré : ***distinguo et argumentabor.***

Tal es el hombre de negocios del ministerio.

ORADORES MILITARES.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Hoy hemos oido al general Crisipo. ¡ Qué discurso ! ¡ Qué andar de beodo, qué mirar fijo, qué voz temblona ! El general se figuraba sin duda que hablaba en un cuerpo de guardia. Arenga mas estrafalaria, mas ridícula, mas despilfarrada no es posible figurarse; el digno guerrero acribilla la gramática, vocifera, aulla, se enronquece, divaga, sale de la cuestion, refiere de paso aventuras de otro mundo, da en la barandilla de la tribuna repetidos golpes de corte y de plano, y hasta nos ha parecido que buscaba y procuraba echar mano á su sable. ¡ Dios nos asista ! Venid, porteros, y llevad ese alboratador, ese camorrista á la sala de policía.

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Tan intrépido y denonado en la tribuna como en presencia de las baterías enemigas, Crisipo habla con firmeza, ciencia, tino y decoro; áspero pero sincero, osado mas sin temeridad. Tal vez no rebosa su estilo de flores, no sus periódos brillan por la excesiva cadencia; pero lo cierto es que dice buenas verdades, y que sus discursos cortan como un hacha. ¿ Que puede importarnos en la situacion presente las cuestiones de ortografía, y saber si se debe poner una *t* ó una *s* de mas ó de menos ? Se trata de salvar la patria, y Crisipo la salvará tanto por su elocuencia como por su valor.

ORADORES POETAS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Ctesifon declina visiblemente, y hoy lo hemos visto anegarse en la mas fofa y descolorida fraseología. Su estilo de tribuna carece de la cadencia poética, como igualmente de la andadura libre

PERIÓDICO MINISTERIAL.

¡ Qué grande orador ! ¡ Qué magnífico poeta ! ¡ Qué rastros de luz deja tras sí la palabra de Ctesifon ! ¡ Como, de una sola mirada abraza los confines del horizonte europeo ! Camina y en

y firme de la prosa. Por otra parte, Dios nos libre de esos poetas-oradores que remontan su vuelo de cisne y desaparecen mas allá de la region de las nubes. Tratábase, como todo el mundo sabe, de un nuevo impuesto de puertas y ventanas, y hete aquí que el audaz poeta se interna en las arenas de la Libia y va á consultar los oráculos del dios Memnon. Dejemos á los aficionados de los sonidos é imágenes los prestigios de la poesía, y no perdamos de vista que al tratar de cuestiones económicas, es necesario hablar el lenguage práctico de los negocios. Los sacerdotes de Menfis, los habitantes del mar Caspio, los Romanos del Coliseo, los Libios y el dios Memnon, no pagarán, á lo que sepamos, nuestros centimos adicionales. Ctesifon se complace en tañer su lira con toda clase de cantos, pero seguramente para aliviar al pueblo y defender la libertad no bastan los suaves sonidos del armónico instrumento. Si se tratase de representar en la escena el furor de Orestes, ó de cantar un himno epitalámico, prestos estaríamos á dar á Ctesifon los debidos aplausos.

tres pasos recorre el universo, desdeña el presente, lee en el porvenir, semejante á la antigua sibila, cuando convulsa y avasallada por el dios interior, ó á Moisés coronado en el monte Sinaí con los rayos de Dios vivo. ¡Qué períodos melodiosos! ¡Qué soplo emanado del alma! ¡Qué olas de armonía! Su palabra parecia correr por una arena dorada, rodeada de praderas y flores. Desde el principio de su discurso se insinua Ctesifon con una suavidad irresistible, atrae y subyuga los espíritus mas rebeldes, y espiran á sus plantas los murmullos flotantes de las pasiones políticas. Hoy ha logrado Ctesifon el mas apetecible de cuantos triunfos hubiera podido desear, y mucho tiempo despues de haber bajado de la tribuna, quedaron los oyentes sumergidos en el éxtasis de un santo recogimiento, volviendo á menudo sus rostros al puesto ya desocupado, sin poder apartar el oido del encanto de su palabra.

ORADORES FILOSOFOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Eudámidas, ese aguilucho de la filosofía, se ha perdido en las nubes en su primer vuelo. Bostezaba la asamblea, bostezaba el presidente, bostezaban los porteros, bostezamos nosotros mismos solo al recordarlo, y tal vez hacemos bostezar al lector solo con decirlo. La filosofía es el arte de conocerse á sí mismo, y Eudámidas es filósofo; ¿Cómo pues no acierta á comprenderse lo bastante para saber que es imposible que haga comprender á los demas lo que él mismo no comprende? Créeme Eudámidas, inútil es que abajes tu vuelo, inútil es que salgas de tus nubarrones, ó, si quieres, de tu esfera trascendental. Este mundo y sus negocios no es cosa tuya; pues para conducirlo y conducirse en él se necesita un pensar sano, y solo este; ¿Lo oyes Eudámidas?

PERIÓDICO MINISTERIAL.

O filosofía, hija de la idea, ciencia del alma, sabiduría de las naciones, ¿no eres tú la que reinabas en Grecia y Roma? ¿no eres tú la corona sublime de la política? ¿no eres tú la que acercas el hombre á Dios? ¿no eres tú la que presides á nuestras palabras y á nuestros discursos? ¡O filosofía! tú consuelas los empleados subalternos cuando su escaso sueldo no les basta! Tú enseñas á los contribuyentes á contentarse, á pesar suyo, de lo poco que se les deja; á los ministros á prometer mas de lo que pueden cumplir; á las naciones que perdieron la gloria, á gozar de la halagüeña dulzura de una paz armada, y á los mismos reyes á economizar en la prosperidad para abdicar en la desdicha con manos llenas. ¡Honor pues á la filosofía! ¡Honor sobre todo al filósofo Eudámidas! Eudámidas ha estado feliz, ha estado admirable en la sesion de ayer. ¡Qué cúmulo de imaginacion y ciencia en esa cabeza calva que inclinaba el peso del pensar! ¡Qué misterioso poder en esa palabra lenta y solemne como el ruido nocturno de los grandes rios! Jamas Platon, bajo las sombras de la Academia, habló con mas magnificencia la lengua de los dioses! Nunca se ha penetrado mas en los tenebrosos repliegues del corazon humano; y si Eudámidas no ha hecho adelantar mucho la cuestion, si la ha dejado debatirse y arrastrarse en el mundo vulgar de las realidades, culpa ha sido de la cuestion y no del gran filósofo.

ORADORES EPIGRAMATICOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Lisis ha asestado hoy sus saetas al banco de los ministros con un acierto y una felicidad increibles, hiriéndolos en la cabeza, en las piernas, en los lomos y en todo el cuerpo, en una palabra dejándolos en llaga viva. Los ministros irritados se agitaban inquietos como esos toros acribillados de rejones, que se sacuden y braman, cayendo enfin desangrados en la arena. ¡Qué chistoso, qué agudo, es ese condenado de Lisis! Hasta á sus mismos adversarios desarma con su sal, y es capaz de hacer reir á un muerto. Lisis se juega de todas las dificultades, que resuelve con tanto acierto como rapidez, prefiriendo los golpes de alfiler, á la masa que machuca. Bástale una palabra ligera, para decidir la cuestion mas ardua, y con un dardo acerado, fino y punzante, perfora de parte á parte las mas templadas armaduras, los broqueles mas resistentes, y derriba en tierra al gigante mas descomunal, sin que sepa como ni cuando, ni de donde le vino la saeta. Lo que no

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Lisis es el lilipuciense de la tribuna, y posee un almacen, ó si se quiere un monton de epígramas afiladas por el cabo, todas iguales y con sus rótulos. Cuando va á la guerra, arma su pequeño arco, y dispara sus saetas cuya mayor parte ondean por el aire y van á caer á sus piés. Guarécese á veces tras una mata de yerba, y otras tras una hoja; va, viene, se multiplica, se remolina, se desparrama, se desgañita, se evapora. Pero con pinchazos de alfiler se consigue cuando mas irritar los gigantes del ministerio, y no se cogen leones con telarañas.

¿Cuando llegará á comprender Lisis que la monotonía puede proceder del excesivo chiste no menos que de la necedad; que las materias serias deben tratarse de un modo serio, y que no conviene que un orador se proponga á sí mismo y continuamente á la sagacidad de nuestros Edipos parlamentarios bajo la forma de un logógrifo ó una charada; que cobijándose continuamente tras de un equívoco se triunfa

puede decir, lo deja adivinar, y en efecto se conjetura, siendo la argumentacion de Lisis tan trasparente como una gaza, y trabajando ese endiablado orador en cierto modo como la abeja bajo el cristal, sin que se le pueda coger ni aun por las alas.

¿Y quien logrará asirlo cuando el maldito se oculta, se desliza, revolotea y se escurre á la vista? ¡Válgame Dios! ¡Qué chistoso es ese pícaro de Lisis!

sin gloria, y que antes de ser infiel á su opinion disfrazándola, conviene encerrarse con ella en la dignidad del silencio.

Tal es la imparcialidad digna de elogios con que los periódicos de la oposicion y los ministeriales dan la Reseña de la misma sesion, mismo asunto y mismo discurso. Cuando no tiene otra cosa que hacer, la Reseña la toma con los oradores de segundo órden, y, segun le cuadra los despacha y expone á los encomios ó silbidos de los palurdos de los departamentos.

ORADORES UTILITARIOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

¡Viva Neodemo! Todo el santo dia nos ha machacado con su carbon de piedra y remolacha. ¿Qué le hemos hecho para que así nos muela? ¿Qué necesidad teniamos de saber como, antes del diluvio, se depusieron y acumularon, unas sobre otras, las fibras de los árboles en el seno de la tierra, ó cuantas partes de azucar contiene la remolacha?

Neodemo, que es físico, geólogo, metalúrgico, químico, alquimista, agricultor, literato, orador, y además fabricante, está pronto á decir cuanto sabe, pero mas valdria que no dijese tanto. Se halla en posesion de la tribuna, por via de turno, encuentra la ocasion buena, no quiere desperdiciarla, ni omitir un solo pormenor; así en consecuencia nos mostrará en su arenga las raices con sus hojas, el vapor que sube, las calderas que humean, los rodillos, los tajaderos y secadores; raspa en presencia de todos

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Ciertamente conviene reconocer con la imparcialidad á la que siempre ciegamente obedeceremos, que el honorable manufacturero que nos ocupa, no está muy versado en las delicadezas del lenguage florido, ni muy habil en materia de sintaxis; tampoco negaremos que se explica de un modo pesado y desmeñado; pero en cambio nadie podrá negar que es un hombre especial, esencial, positivo, sólido; un hombre que goza de alta y merecida consideracion tanto en el lugar que habita como en otras partes; un hombre que ha meditado mucho sobre los minerales y raices, sobre los abonos de la agricultura, sobre los procederes de fabricacion, y sobre el empleo mas fructuoso de capitales. El discurso de Neodemo debiera servir de modelo á tantos oradores huecos, pues es seguramente un discurso cuajado de ciencia, rebosando de hechos y cálculos, discurso económico, práctico, político

el precioso tubérculo, extrae su jugo, lo hierve en grandes calderas de cobre, y nos conduce de proceder en proceder hasta el último resíduo: separa el azucar blanco del terciado, los envuelve en papel gris y manda que traigan los pesos. Por Dios, Neodemo, detente, que bastante sabemos, y aun demasiado; dinos cuanto antes la tasa fija ó proporcional que quieres que se establezca, y acabemos de una vez. Y aun así. ¿No vez que fatigas al auditorio, y que cada uno coge su sombrero y se marcha? A lo menos si hablases siquiera francés.

y patriótico, que la asamblea ha escuchado durante dos horas con el mas religioso silencio.

Tal vez podrá creerse que mostrará mas imparcialidad la Reseña en la apreciacion moral de los caracteres. Véamos:

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Difilo ha tenido muy mal éxito, y así debia ser, pues los grandes pensamientos vienen del corazon, y Difilo carece de corazon, entrañas, sentimientos elevados, y verdadero amor de la justicia y de la patria. Adulador juramentado de todos los poderes, Difilo ha paseado en todos los campos en que sucesivamente ha combatido las apostasías de su fe política, y los cambiantes colores de su bandera. Difilo ha abandonado al gobierno anterior por el actual, y abandonará este por el futuro. Enemigo peligroso de la libertad que por detrás ataca, naturaleza muelle y cenagosa de la peor especie, defensor del órden por tono, amigo de la paz por miedo, aristócrata por vanidad, cortesano mañoso, sensual y codicioso, ente corrompido, corruptor, bajo, insolente y sobre todo ambicioso; listo siempre á ponerse todas las máscaras y empujar al abismo los gobiernos que caen, á defender las usurpaciones triunfantes, comprar las conciencias agenas, y vender la propia: tal es Difilo.

PERIÓDICO MINISTERIAL.

¡Difilo! ¡Oh! todo cede, todo se dobla bajo su fulminante elocuencia. Añadase á esto, el mas noble caracter, un temple varonil, una palabra austera. Sencillo en sus costumbres, desinteresado, virtuoso, religioso, perseverante, zeloso amigo de la patria, mientras que tantos otros corren tras los favores de una popularidad impostora, Difilo arrostra los furores de las facciones con alma serena, con denodada frente, ahogando como Alcides en su cuna las sierpes de la sedicion, combatiendo infatigable por la religion, las leyes y la paz. Difilo tiene consigo todos los hombres de bien, en sí mismo su conciencia por testimonio, y por juez la posteridad.

Si el orador es ministerial, el periódico ministerial, y lo mismo digo del periódico liberal para con los liberales, le presta la

trompeta permitiéndole tocarla con toda la fuerza de sus pulmones.

Si el análisis mismo de la Reseña fuese demasiado largo para una digresion, ó demasiado corto y frio para una obra maestra, leeráse al dia siguiente en los periódicos lo siguiente :

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

La arenga del señor Ergasto ha sido mas pesada que de costumbre, y por tanto creemos oportuno no insertarla en obsequio de nuestros lectores; demasiado ya es que tanto haya hecho bostezar á la asamblea.

PERIÓDICO MINISTERIAL.

El discurso del ilustre Ergasto ha sido tan patético, tan hermoso, tan lógico, tan completo y tan bien encadenado, que escapa á toda análisis; por lo cual nos parece conveniente reproducirlo en extenso y publicarlo íntegro, para ofrecerlo á la admiracion de nuestros lectores.

Váyase ahora á buscar una pintura verídica del talento, carácter é influencia de cada orador en el pro y contra de las Reseñas. El mismo hombre es aquí un orador incomparable y allá un charlatan, un santo ó un impío, un gran ciudadano ó un sedicioso, un realista ó un revolucionario. Aquí la asamblea ha aplaudido con frenesí, estremecídose de entusiasmo, llorado de admiracion; allí ha reido de compasion, bostezado y desocupado el puesto. Aquí el orador es un coloso, allí un enano; aquí se reproduce por entero su discurso que ocupa seis columnas, allí no se le inserta ni en fragmentos. Por último aquí se lleva en triunfo el ministerio y se pondera su valor y su virtud; allí se le tacha de infamia y se denuncia á la nacion por crímen de escándalo é inmoralidad.

Y lo mas curioso, y lo que no hay que perder de vista es que, en tan contradictorias apreciaciones, se trata siempre del mismo personage, y concluya el lector si puede.

Muchas otras cosas podria decir si no temiese malquistarme con los señores periodistas de todas opiniones, que honrar debo y que honro, que debo respetar y que respeto infinitamente, que harto me han atacado y vituperado para que no tema que vuelvan á hacerlo con mas virulencia, y que al mismo tiempo me han tratado con un favor que no deseo que me escaseen. ¿No son por ventura ellos los que distribuyen ese pan cuotidiano, ese bizcocho ligero y esponjoso llamado la gloria, de que somos todos tan golosos? Así por nada en el mundo sostendré yo que todos los periodistas, ni varios de ellos, ni uno solo, sean tan absolutos, tan incisivos y tan parciales para no ver en un orador sino motivos de alabanza ó vituperio. Fuera de esto la culpa es mia, y á mí deben atribuirse los pecados de excesiva sátira y exclusiva apología que con este motivo se cometen en la prensa todos los dias.

Permitidme, queridos lectores, que en vuestra presencia, recite mi *confiteor*.

Acúsome con todo mi corazon y pido perdon á Dios y á los hombres de haber inventado la Reseña, una cosa empero tan bella. Cuando digo inventado es cierto modo de hablar algo presuntuoso, pues pertenezco á un tiempo y país en que nada se inventa, y en el dia, mas que en ninguna otra época, cuadra el decir que nada nuevo hay bajo el sol.